

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 111.—BARCELONA 7 DE JUNIO DE 1916



Toma oficial de posesión de un pueblo de la Alsacia, por los franceses

CRONICA INTERNACIONAL

I. Italia y sus aliados.—II. Inglaterra y Asia

I.—Italia y sus aliados

Muchos y muy grandes han sido los desengaños que ha sufrido Italia desde que emprendió aquel paseo triunfal, que en pocas semanas había de conducir a sus ejércitos a las orillas del Danubio; las heridas de amor propio se han sucedido sin interrupción. El pueblo, siempre crédulo y confiado, estaba entretenido con los relatos de las hazañas de las tropas en las alturas inaccesibles y cubiertas por las nieves perpetuas, y por el anuncio de victorias y conquistas de trincheras, aunque nunca se sabía dónde. Poco a poco se le fué convenciendo de que el interés de Italia consistía en aguardar el momento oportuno para emprender entonces la irresistible acometida, y ese momento era aquel fijado por los ingleses, que tendrá lugar dentro de un año, o dos o más, o sea cuando Britania haya organizado los ejércitos que nunca se ha dado prisa en organizar, y los envíe a la lucha, cosa que tampoco se ha apresurado a hacer hasta ahora. Pero el pueblo se lo cree todo.

En los dos primeros meses de la guerra austro-italiana, la prensa aliada concedió bastante atención

a lo que hacía el ejército del general Cadorna; después relegó a segundo término aquel teatro, y sólo de vez en cuando se ocupaba en él; de la nación italiana se pasaban días y días los periódicos franceses e ingleses sin decir una palabra, síntomas manifiestos todos ellos de que habían abortado las esperanzas que las dos grandes naciones pusieron en la ayuda y acción de la más pequeña de las principales potencias. A cada cual se le hace el caso que corresponde a lo que de él se espera; era aquella una amistad interesada y egoísta, y no había razón para hacerla más estrecha, porque la unión con el débil suele ser un motivo de debilidad y de disgustos.

Pero lo que ha ocurrido con las derrotas de los italianos habrá llegado a lo más vivo del amor propio italiano. Cuando los rusos fueron derrotados y sufrieron aquella serie de desastres casi sin precedentes en la historia, los periódicos de Francia e Inglaterra disculparon a los generales y realizaron verdaderos prodigios de habilidad para ocultar la trascendencia y gravedad de los descabros. La campaña en Rusia constituía la mayor preocupación de aquella prensa, lo que se comprende, toda vez que de

Rusia esperaban los dos Estados la salvación, que no iba a llegar sin el concurso del poderoso Imperio. Se halagó constantemente a éste, porque en ello estaba interesado el propio porvenir, se trataba de algo propio y no ajeno.

Con Italia la cosa ha variado. Los periódicos ingleses apenas conceden atención a las derrotas de los italianos; no es que las nieguen o que traten de atenuarlas, no; sino que las refieren como si se tratara de algo que no les importa y que nada tuviera que ver con el presente conflicto. Interesa más a los ingleses cualquier incidente o pequeño ataque que tenga lugar en Flandes, que el mayor desastre de las tropas de Cadorna. En menor escala, lo mismo hacen los franceses. Más bien se observa una vaga fruición en el modo como los críticos comentan y estudian los reveses de los italianos, que juzgan con más imparcialidad que las derrotas rusas. Parece que encuentran muy natural que los italianos lleven la peor parte y no se asombran ni extrañan de lo que acontece; con dificultad ocultan el pobre concepto que les merece la nación que se creía capaz de decidir la tremenda lucha y aplastar a Austria-Hungría.

Si no se dan prisa las autoridades italianas a prohibir la entrada en el reino de la prensa aliada, nada conseguirán sus excelentes escritores profesionales con sus esfuerzos para negar lo evidente y quitar importancia a lo que la reviste en alto grado: el pueblo italiano se enterará de la verdad, escrita en francés o en inglés, y con un lenguaje franco y hasta duro.

Italia se engañó en mayo del año pasado. Se creía de acero y era de madera. Y los aliados comienzan a decir que Italia, además, les engañó a ellos, porque si hubieran sabido la poca utilidad de su concurso, ni le hubieran facilitado dinero ni se mostraran tan complacientes con ella. Inglaterra, ya lo hemos dicho, trata bajo diferente pie a Italia y a Francia; ésta es la aliada; la otra no es nada. Inglaterra llegará a imponerse un relativo sacrificio en favor de Francia, pero no de Italia, a la que en cambio explotará como si no fuera su aliada. Por esta vez el tradicional talento político de los italianos se ha mantenido en el incógnito; en cambio ha aumentado su vanidad, que están pagando cara. Quiso codearse con los grandes sin serlo; substituyó un tratado de alianza por una declaración de guerra, llevada de una ambición sin freno; no es sorprendente que ni amigos ni enemigos la miren con ojos compasivos. Ella se lo ha buscado y ella se lo encuentra.

II.—Inglaterra y Asia

En unas declaraciones de Lord Hardinge a un periodista norte-americano, aquel conocido estadista británico ha dado a conocer las tentativas repetidas de alzamientos que ha habido en la India, algunas cruentas y otras abortadas. Reconoce Hardinge que en la India hay muchos elementos, que él denomina anarquistas, dispuestos a sublevarse en todo momento contra los ingleses, añadiendo que los alemanes explotaron este estado de cosas para propagar el descontento y fomentar la animosidad de los naturales contra sus dominadores. El peligro parece conjurado, pero no se ha desvanecido, y conviene estar muy atento a lo que puede suceder. Cuenta Inglaterra,

como principal elemento de orden, con la adhesión de los rājās, muy bien hallados con la sombra de poder que se les ha dejado y que les permite la administración de sus Estados y el disfrute de inmensas rentas y la imposición de tributos más o menos encubiertos, sin las responsabilidades y disgustos del mando; pero en las clases intelectuales, especialmente entre los poetas y literatos, el sentimiento nacionalista cuenta con muchos adeptos.

Lo más interesante de las declaraciones de Lord Hardinge es lo que se refiere a Persia y el Afganistán. Desde últimos de 1914 se sabía que Alemania se proponía fomentar la agitación en aquellos países, lanzando el segundo contra Inglaterra y el primero contra Rusia. Tres veces se alzaron en armas los afganes y entraron en los territorios indostánicos, siendo cada vez rechazados, pero obligando a distraer tropas y efectuar no pocos gastos. El Emir, sin embargo, no ha cesado jamás de asegurar su amistad a Inglaterra. En Persia, los alemanes no fueron tan afortunados, pero como contaban allí con más elementos, les fué fácil organizar tropas irregulares y mantener una especie de estado de guerra que acabó por preocupar a los rusos.

No es que los alemanes esperaran nada de la acción directa y propia de Persia y Afganistán. Según Hardinge, su único objeto consistía en atraer tropas inglesas a la frontera afgana, y ante todo, y en primer término, obligar a Rusia a llevar un fuerte ejército a Persia, en general a Asia, que les librara de la presión de todas las fuerzas del Czar en Europa. Esta finalidad ha sido plenamente alcanzada, según han demostrado los hechos.

Hasta aquí lo que dice lord Hardinge. Lo que calla o se reserva es lo más importante. Todos conocen las ambiciones de Rusia sobre Persia y su tendencia a avanzar hacia el centro de Asia. Por la cuestión de Persia surgieron graves desavenencias entre Inglaterra y Rusia, que en más de una ocasión estuvieron a punto de llegar a las manos. La guerra ruso-japonesa libró tal vez a la Gran Bretaña de un disgusto serio, pero la presente ha vuelto a complicarle el caso. Se está viendo, en efecto, que los rusos, más que avanzar en la Turquía asiática, lo que se proponen es internarse y adentrarse en Persia, llegando a su parte meridional, aquella que estaba bajo el veto británico. Ahora están a un paso de alcanzar este objetivo, y las cosas andan tan mal para Inglaterra, que ésta aún tiene que dar las gracias a sus flamantes aliados. De suerte, que gracias a la previsión de los alemanes, no será extraño que dentro de poco tiempo Rusia e Inglaterra se encuentren frente a frente en Asia, y un nuevo peligro venga a sumarse a los que ya se ciernen sobre el dominio inglés del Indostán. En Europa, podrán rusos e ingleses hablar cuanto quieran de amistad y de intereses comunes, pero en Asia los hechos están por encima de las palabras.

Toda guerra suele ser el semillero de otra nueva, y esta vez no será el avispero menos importante el que se ha levantado en Asia. Todos los esfuerzos de la diplomacia alemana tienden a conseguir que los intereses de Rusia e Inglaterra en Asia choquen el uno contra el otro; la labor no es de gran dificultad: basta allanar el camino y desembarazarlo de obstáculos, para que los dos colosos, que siguen direccio-

nes encontradas, se encuentren y caigan el uno sobre el otro. Alemania, detrás de Turquía, presenciara la contienda para aprovecharse de ella como le conveniga. Quiso Inglaterra encerrar a Alemania en un círculo de bayonetas, y en lugar de lograr este objetivo tiene que contemplar con cólera cómo se amontonan las materias inflamables en sus más vitales dominios y colonias; en lugar de reducir el área del conflicto, se ha agrandado, y en vez de ser Britania la amenazadora y dictadora, se ha trocado en la amenazada y ha tenido que contemporizar en cuestiones que antes ni siquiera se avenía a escuchar.

F. LARIN.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

EN EL PASO DE UZSOK

Recorriendo el campo de los combates

VIII

Vueltos al tren, continúa nuestra marcha cada vez más lenta. Aquí todo ha sido destruído y ahora reparado o reconstruído rápidamente para abastecer el servicio indispensable. Miles de trabajadores se separan de la vía a nuestro paso. Los trabajos no están todavía concluídos. Lo provisional pudo bastar en un principio; pero el movimiento continuo, de una intensidad muy superior a la de tiempos normales, requiere que las instalaciones obtengan la firmeza y resistencia de lo perdurable. Pero hay mucho que no se hace en un día, ni en un mes. Entre esto se cuentan los puentes que atraviesan los profundos desfiladeros, las hondonadas cortadas a pico, las corrientes borbotantes y espumosas.

Un oficial nos comunica que vamos a pasar un puente improvisado de los más anchos. El tren avanza lentamente, la locomotora ruge en resoplidos acompasados y largos, que se estiran a lo largo como el eco que sigue al sonido. La máquina entra en el puente. Un ruido sordo, repercutido en la bóveda peñascosa del fondo. Las maderas cruzadas que sostienen el puente en pirámides inmensas, crujen y ceden bajo nuestro peso. Con claridad se percibe que el puente se doblega hacia la mitad, amenazante. El crujir angustioso de los maderos rasga los oídos, semejante al estertóreo gemido—que me imagino—de un torturado de la inquisición. Allá en el fondo se dibujan, a la luz del sol en el zenit, los grandes peñascos a cuyas sombras trabajadores en camisa, los instrumentos del trabajo al hombro o en la mano, contemplan, impasibles en la costumbre del peligro, el paso temeroso del tren. Mi vista se fija inmóvil en la base del precipicio. ¿Iremos a reunirnos con aquellos seres de abajo, a aplastarnos contra el fondo de piedra? Vuelvo a ver a los pontoneros impertérritos y, olvidándome, como si fuera tan sólo un observador imparcial, pienso en el fin posible de aquellos valientes patriotas, si su obra no fuera bastante fuerte a resistir al peso del tren...

El sordo ruido que del hueco se levanta empieza a disminuir hasta desaparecer. Estamos otra vez en tierra firme. Los pocos minutos de angustia, largos como siglos, han pasado. El trac, trac de las ruedas

en los rieles es esta vez un ruido consolador, bienvenido.

Dos pontoneros están arriba sentados a la sombra de un árbol. Fuman sus cigarros oscuros con placidez y tranquilidad. Sonríen y saludan alegremente con la mano a los pasajeros. Y al blandir el robusto brazo en el aire, parece que quisieran decir a los que temieron caer en el abismo: «¡o que han construído estos brazos y estas manos, tiene mayor consistencia que vosotros pesais con todo vuestro tren». Los pasajeros los saludan a su vez, llenos de agradecimiento y simpatía. Cigarros y fruta vuelan en el aire hacia los soldados, quienes siguen agitando las manos hasta perderse de vista.

A las tres nos detenemos en el paso de Uzsok. Debemos hacer una visita al campo de batalla tan debatido por rusos y austriacos. Los oficiales pertenecientes a la dotación que guarda el paso nos salen al encuentro y se disponen a acompañarnos. Avanzamos en silencio, como si temiéramos despertar en sus tumbas a los numerosos soldados que a ambos lados del camino duermen el sueño eterno. Son cerros de tierra arrojada rápidamente y sin orden. Los unos son chicos, cubrirán acaso uno o dos cadáveres. A las veces llevan una inscripción, un nombre, un último saludo en una tosca cruz de madera. Otros son grandes, largos, sobre ellos yacen alguna corona o algunas flores secas. ¿Los restos que cubren, de qué cuerpo vivo son?—Nadie lo sabe. Y mucho menos de esos cerros más grandes y más largos, donde no hay ni una cruz, ni una inscripción, ni una corona, ni una rosa, de las fósas comunes. Pensar tan sólo en el número de los que ahí yacen, produce un sabor acre en el paladar y los músculos del cuello se mueven sin querer, para apartar la mirada de las colinas de tierra suelta, limpias, desprovistas de todo adorno y de todo signo del recuerdo. Sólo la naturaleza ha puesto su manto verde de césped sobre aquellos despojos de sus hijos muertos.

Las laderas y montes están también cubiertos de verde hierba. Hierba nueva y fresca. Es todo lo que se ha cambiado después de las batallas. El suelo está todavía lleno de agujeros en figura de embudos de las granadas, como si gigantescas gallinas lo hubieran picoteado y revuelto con las patas, buscando los animalillos que entre la tierra se esconden.

Tenemos que ir haciendo rodeos al avanzar, brincando, descendiendo, trepando. Un buen trecho de trincheras se ofrece a nuestra vista. Aquí estuvieron rusos, aquí austriacos. Es fácil saberlo, si se observa al lado hacia el cual se arrojó la tierra de las zanjas. Si el borde más alto cae al Sur, el foso es ruso, si al Norte, austriaco. Aún están intactos; pero van a ser arreglados y dispuestos para la resistencia en caso de una necesidad posible. Tal posibilidad parece por ahora irrealizable, pero hay que ser previsor en todo caso.

Prisioneros rusos custodiados por soldados húngaros, se ocupan en deshacer las alambradas deterioradas, unir los alambres rotos, sustituir los postes quebrados o saltados. Así fortifican los impedimentos con que hayan de tropezar sus hermanos los rusos en caso de que se vieran en condiciones de avanzar otra vez en esta región. Los rusos trabajan lentamente y sin ganas. Mas no se nota en sus caras descontento, rabia contenida o desesperación. Más bien

denotan sus ojos impasibles, la cabeza ladeada, cierta indiferencia, esa indiferencia fría y sin pensamientos del que nada espera de la vida, porque nada desea. Creo haber visto en el mundo muchas miserias y más miserables. Miserables que lo sabían, en su mayor parte, y anhelaban salir de su miseria o que amaban sus miserias hasta el grado de no poder separarse de ellas; pero todos me parecieron conscientes de su estado (los inconscientes no se encuentran en los extremos de la felicidad, ni de la desgracia, sino en el término medio). Y, sin embargo, si alguien me preguntara por un ejemplo de la mayor miseria, mi pensamiento caería sin titubear sobre esos prisioneros rusos que estiraban alambres con púas en las alturas de los Cárpatos, porque eran tan infelices que no sabían siquiera pensar en que lo eran.

Al caminar estuve a punto de pisar en un pozo de lobo. Un oficial me tiró del brazo y me lo hizo notar. Pozos de lobo y obstáculos de todas naturalezas existen en cantidad exagerada. Ambos combatientes se ingeniaron por construir los mejores y más eficaces, sin tener en consideración los desperfectos indispensables para facilitarse el material. Bosques enteros—cuenta un oficial—que antes se erguían espesos, tocando con sus altos ramajes el cielo, están ahora por los suelos despedazados y deshechos. Las ramas sirvieron de impedimentos, los troncos se utilizaron en las trincheras, en los blockhauses, para cubrir abrigos de puestos de observación. Un árbol está ahí todavía de pie, junto a otros. Un hacha está clavada en su tronco. El soldado ruso que la hundió no tuvo tiempo de llevarla consigo cuando el ataque del adversario le sorprendió en su tarea destructora, y se vió precisado a salvar su vida huyendo.

Aparte, se ocupa un grupo de trabajadores en descargar los shrapels y granadas ciegos; es decir, los que no estallaron al caer. Ayer acaeció una seria desgracia. Una granada hizo explosión, matando 10 hombres. Se nos aconseja muy especialmente que no hagamos uso del agua, pues se presentan frecuentes casos de cólera, por causa de su uso.

J. C. GUERRERO

Estío de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Los que pagan como el diablo

—¡Hola! Señor A ¿cómo van los asuntos en el Col di Lana? ¿Ha empezado el esquileo? Casi, casi, oigo los balidos de las ovejas. ¡Pobrecillas!

(El señor A).—Por cualquier pequeñez echa V. las campanas a vuelo. Unos pocos millares de prisioneros, un centenar de cañones... ¿esas son las hazañas de los austriacos?

—Todo es relativo; ya sé que no admiten comparación con la conquista de un hoyo producido por la explosión de una mina, y que es mucho más admirable aguantar mecha en Verdun. ¡Aquello sí que es homérico! El adversario va de fracaso en fracaso y nosotros, es decir ustedes, camino del cementerio, con relevo de generales para mayor gusto de la ga-

lería. Nos apalean a diario, y aún vivimos. ¡Oh, que gran victorial

(El señor B).—Motivos sobrados tiene el señor A para envanecerse de sus amigos. Todo el poderío germánico ha sido impotente contra ellos; para que presuma V.

—Gracias, en nombre de los rusos y de los serbios y de los belgas y de las mil variedades de britanos. ¿A quiénes tendrán enfrente todos esos defensores del derecho, si Francia por sí sola absorbe los esfuerzos de Alemania entera? Sin duda padecen ustedes alguna enfermedad en la retina, complicada con cierto desarreglo gástrico. Tome V. tila, señor B.

(El señor B).—Si V. me acompaña, no hay inconveniente.

—Pregunte V. al señor A. si sus amigos y los italianos la han consumido toda, como me temo. A falta de artillería, buenas son las infusiones.

(El señor B).—Viene V. hoy muy bravo, don Subrio, y no se me acude el motivo. Más razones tengo yo para mostrarme satisfecho, y me callo.

—Lo había olvidado. ¿Prosigue satisfactoriamente la invasión de Grecia? ¿Han acabado ustedes de aplastar a Irlanda? ¿Todavía gritan ustedes: viva Bélgica? Y de Mesopotamia ¿qué noticias hay? ¿Se ha rendido brillantemente otra nueva división, escribiendo una página de gloria en la historia militar de Inglaterra? ¡Caracoles, con la gloria británica! Cada vez que sueltan ustedes la palabreja ¡se percibe un olor tan acre a chamusquina...! ¿Dónde va a ser la nueva proeza?

(El señor B).—Si no fuera V. tan impetuoso, comprendería que no me faltan fundamentos para mostrarme optimista, más optimista que nunca.

—Me extraña; estoy acostumbrado a leer que no dejan ustedes los embudos... de mina, acerca de los cuales van a promulgar una ley, que nos ayudará a perder el tiempo como la del servicio obligatorio. ¿Hay otros fundamentos?

(El señor B).—Está empeñado en esta guerra el porvenir del Imperio británico; claro es que no hay ni puede haber dudas sobre el resultado final, inevitable...

—Nunca las he tenido, señor B.

(El señor B).—Lo celebro. Pero el conflicto no interesa sólo a Inglaterra, y por consiguiente no debe de ser ésta la que únicamente cargue con la pesadumbre de los...

—Descubre V. la oreja. Eso lo ha leído V. y sé quien lo ha escrito. ¿Lo digo?

(El señor B).—No hace falta; convendrá V. en que la fuente es respetable y que la persona que ha lanzado la teoría está bien informada.

—Eso de que es respetable es harina de otro costal; lo será para quienes la respeten; para muchos, y yo conozco algunos, es un divertido y vulgar hazme-reir.

(El señor B).—Es inútil que se esfuerze V. en alterar mis nervios.

—No lo diga V. muy alto; sepa V. que he encargado un submarino.

(El señor B).—Carece V. de dinero para pagarlo. ¡Qué más querría V.!

—Por desgracia, tiene V. razón; pero no me desanimo, porque tal vez logre que me lo presten.

(El señor B).—Como íbamos diciendo, aquella

ilustre personalidad sostiene que los bravos y nobles rajáhs de la India, con todos sus súbditos, de noble y guerrera estirpe, están obligados a acudir en apoyo del Imperio, y que en el mismo caso se encuentra el Africa del S. Se reunirán así cinco millones de combatientes y Alemania será derrotada. Inglaterra, con abnegación ejemplar, no ha podido hacer más...

—Por fortuna para los irlandeses y los griegos. ¿Y cuándo estarían dispuestos esos millones de combatientes?

(El señor B).—Para el otoño de 1918. Entre tanto, los bravos franceses contendrán...

(El señor A).—¿Hasta 1918? ¿Y los conscriptos del servicio obligatorio?

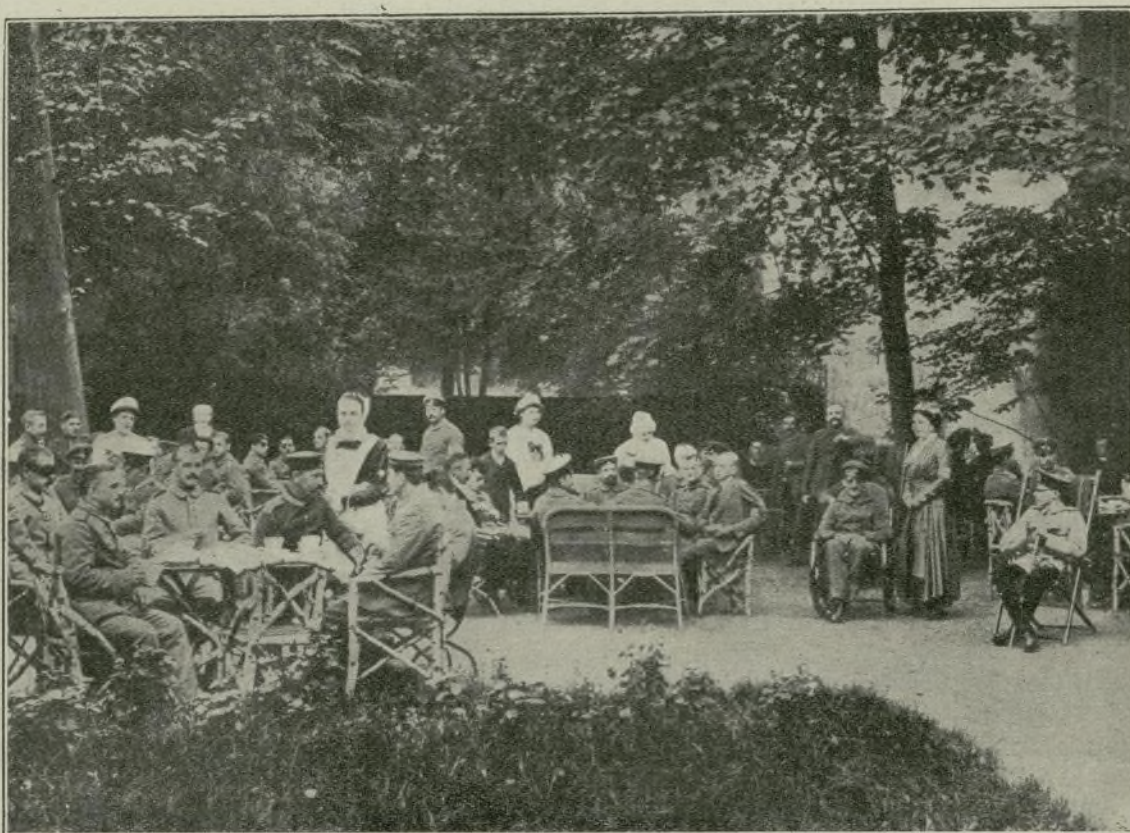
(El señor B).—Los necesitamos para la seguridad de Inglaterra, que está siempre bajo la amenaza de un desembarco alemán.

—Pero en lenguaje figurado, sí ¿no es verdad? Porque la albarda no es para V., sino para otros, que de tanto exprimir el magín buscando argumentos para obtener la victoria, se han vuelto locos de remate; una albarda y un ronزال, del que tire el señor B, estoy seguro que les retornaría a la realidad y devolvería el juicio.

(El señor A).—Sólo me preocupo de lo de mis amigos. Lo demás no me interesa.

—Demasiado lo sé, desgraciado. Con las victorias que obtienen ustedes en Verdun hay más que sobrado motivo para que pierdan ustedes el sueño, el apetito y hasta el delicado ingenio.

(El señor B).—Es demasiado impresionable, el señor A. Yo, en cambio, nunca me altero, ni me incomodo, ni me apasiono. Cuestión de temperamento.



Militares ciegos alemanes a la hora de tomar el té. Se les retiene durante dos años en el instituto para que recobren el equilibrio mental y sean instruidos en el oficio que deseen para poder, después, volver a ser útiles a la sociedad

(El señor A).—Observe V., señor B, que los alemanes hace dos años que han *desembarcado* en Francia; que las necesidades del presente han de anteponerse a las del porvenir.

(El señor B).—Ustedes., con su claro juicio y sutil ingenio, nos han dado a conocer la realidad, y nosotros aprovechamos sus lecciones. Ustedes no se prepararon para evitar el *desembarco* y están tocando las consecuencias de su imprevisión; justo es que nosotros queramos evitar el error de los franceses. ¿Sería V. capaz de inculparnos?

(El señor A).—No, señor B. Bien sé que es un pecado envidiar la felicidad ajena.

—Si no se ofendiera V., le diría que le sentaría muy bien una albarda.

(El señor A).—Ni en broma se lo admito.

—No señor: V. va bien comido, mejor bebido, hace V. excelentes negocios y tiene quien se sacrifique por V. De seguro que aún le queda tiempo para hacer cuentas y pagarés que presentar oportunamente al cobro...

(El señor B).—Los negocios son los negocios; la formalidad ante todo.

—No, no, permítame: delante de ustedes, los franceses, para que reciban los coscorriones.

(El señor B).—Es una casualidad. Podían muy bien los alemanes habernos atacado a nosotros; sin duda les inspirábamos más respeto, si V. se molesta si digo miedo.

—Está V. equivocado. Tres veces han probado los alemanes atacarles a ustedes, y las tres se encontraron con que, además de ustedes, tenían que com-

batir a los franceses; variaron entonces de táctica y cayeron sobre los franceses; efectivamente, allí no había ingleses.

(El señor B).—Obedecemos estrictamente las órdenes de nuestro querido Joffre.

—Que les teme a ustedes más que a una tormenta; cada vez que tratan ustedes de apoyarle, invariablemente se escribe una página gloriosa. ¡Hacen ustedes mal de ojo!

(El señor B).—¡Qué cosas dice V., don Subrio! ¡Negar el esfuerzo de las armas británicas!

—Lo que niego es que sirvan para más de lo que hacen: estar en los embudos, correr ante los turcos, ocupar muchos territorios y *epatar* al bourgeois.

(El señor B).—Por ventura ¿no contienen e inmovilizan a muchas divisiones alemanas?

—Lo hacen con su cuenta y razón; ya he dicho que ocupan muchos territorios: uno de ellos es el inmediato al mar del Norte. ¿No se pone V. triste, señor A, cuando piensa en que unos departamentos los detentan los alemanes y otros los britanizan los ingleses?

(El señor A).—Todo se andará, don Subrio, pero aún no ha llegado la hora.

—¡Ya lo creo que se andará, y que se correrá también! Preferible es a despeñarse en las simas y precipicios de los Alpes. Tanto conquistar picos y nidos de águilas, para caer luego como infelices ratoncillos en la trampa. Por lo demás, ya era hora de que apareciera la estrategia en Italia, después de un año de guerra.

(El señor B).—¿Cómo dice V.?

—La admirable estrategia de los rusos, copiada por los demás troyanos. Ahora, en plena estrategia, es cuando brillará el genio militar de los alpinis.

(El señor A).—Repáre V., don Subrio, que las gentes tardarán más de quince días en enterarse de nuestra conversación; de aquí a entonces, el mundo habrá dado muchas vueltas; muy bien pudiera V. arrepentirse de anticipar afirmaciones.

—¡Música celestial! ¡Treinta mil prisioneros sometidos a la dieta austriaca y sin saber cómo anda el ojo de Annunzio! ¡Qué horror! Estoy viendo al ejército italiano intacto, como decía aquel chusco, imponiendo su voluntad al fin de la guerra. ¿Pagará Sicilia o Calabria los platos rotos? ¿Hay alguna otra Irlanda, en que desquitarse, por allí? Porque, para Italia, Grecia es demasiado.

(El señor A).—La verdad es que Italia aparentaba más de lo que era.

—¡Calle V., hombre de Dios! Un año de guerra y 730 partes refiriendo continuas proezas y estupendas victorias y jacobar de este modo! Se iban a comer el Trentino y media Austria y el primer huese-cillo les produce vómitos. Esto no tendría nada de particular en otro pueblo; para el italiano, artista ante todo, es demasiado duro.

(El señor B).—A mí me ha sorprendido tan poco como al señor A.

(El señor A).—Si se hubieran decidido a combatir a nuestro lado, no se arrepentirían ahora; se creyeron en la mayor edad y les está bien empleado.

(El señor B).—Realmente se habían crecido demasiado; pretendían codearse con nosotros.

—Si Italia se hubiese dejado de poesías, en lugar de inmiscuirse en los negocios de los poderosos, se

habría contentado con mantenerse tranquila dentro de su pequeñez. Pero Italia, lo mismo que Serbia, que Bélgica y que Montenegro, ha optado por servir de distracción a teutones y defensores de la libertad. Tanto caso le harán los unos como los otros. ¡Hasta un dirigible se permitió poseer! Ni que decir tiene que en su primer viaje cayó en manos de los austriacos. ¡Le entró un temblor a Annunzio cuando lo supo! Desde entonces, ya no lamenta tanto lo del ojo, porque han de saber ustedes que el poeta iba a embarcarse en aquel terror de los aires con una parte de las poesías que no ha podido vender, para lanzarlas a modo de veneno o de narcótico a los austriacos.

(El señor A).—Lo que han de desear los italianos es que Rusia no firme la paz.

—Si esto se realizara ¡pobres duomos y boggias! ¡vaya un clamoreo que se armaría, diciendo que los austriacos atentaban contra las obras de arte! Pero es lo que exclamaría el prosaico y ordinario Conrad von Hötzendorf: ¡Zapatero, a tus zapatos! ¡Artista, a tus literaturas y filigranas, y no te metas en libros de caballerías! Las estacas son más duras que los pinceles y las plumas. El lado más simpático, indiscutible, que tenía Italia, lo va a perder por su manía de meterse a guerrero.

(El señor B).—¡Que le den un par de soplamocos! ¿Dónde irán los ingleses en invierno si a Italia le da por hacerse marcial?

—V. lo ha dicho, señor B. Demasiados jayanes había en Europa para que Italia se sumase a ellos. Verá V. cómo, intacta y todo, saldrá haciendo ¡fu! Dos coscorriones a tiempo la hubieran curado; ahora, necesita que se le coman alguna chuleta. Por eso no apruebo que los austriacos hayan obrado con tan poca prisa. Y ustedes, señores aliados, así pagan, como el diablo, a quien quiso servirles!

SUBRIO ESCÁPULA

EL ATAQUE Y DEFENSA DE LAS PLAZAS FUERTES Y LOS OBUSES Y MORTEROS AUSTRO-ALEMANES

I.—Ataque

El proceso cíclico de la guerra de fortalezas nos demuestra que los procedimientos de ataque,—fuera de la influencia del método,—dependen de los medios mecánicos puestos en acción.

Cada mejoramiento en las máquinas de guerra y su aplicación en la práctica, ha traído consigo un perfeccionamiento en el procedimiento de ataque, que ha dado cierta superioridad al ofensor sobre el defensor. Esto explica claramente por qué la aparición de las nuevas bocas de fuego austro alemanas, han venido a introducir modificaciones substanciales, a revolucionar la guerra de fortalezas.

Hasta la guerra ruso-japonesa, las más grandes piezas de sitio de tiro curvo y vertical (obuses y morteros) no pasaban de 20 a 24 cms. de calibre. Tales piezas disparaban granadas de 133 a 146 kgs. de peso a una distancia de unos 7,000 metros, produciendo el rendimiento máximo a la de 4 a 5,000 metros. La fuerza de penetración de estas granadas bajo fuertes ángulos de tiro era de 5 a 7 m., según la naturaleza del suelo. Dotadas de espoletas de percusión, su ex-

plosión producía un cráter de unos 2 m. de profundidad por 5 a 6 m. de diámetro en la boca. Eran capaces de destruir con facilidad cubiertas de ladrillo recocido de 1.50 m. de espesor, pero se manifestaban impotentes contra muros de hormigón de 1.50 m. y contra cúpulas de acero níquel de 20 cms.

La guerra de 1904-05 alejó las dudas, que hasta entonces se tenían sobre la preponderancia del tiro de las piezas de sitio. Todas las potencias militares de primer orden se preocuparon en crear bocas de fuego capaces de vencer la resistencia que opone la coraza. La industria armera y la técnica del artillero tropezaron con un difícil problema que resolver. Al fin, después de muchos ensayos, se adelantó Francia presentando su mortero de 27 cms., que dispara una granada de 238 kgs.; su potencia destructora es grande, pero no llega a perforar muros de cemento armado de 2.50 m. de grueso.

El problema, que pareció resuelto con esta pieza de 27 cms., no lo está aún; y esto da lugar a que muchos escritores militares sienten la hipótesis de que las fortificaciones permanentes pueden presentar poderosa resistencia al cañón, y que para quebrar tal resistencia es menester un número considerable de disparos: la destrucción del blanco exigiría la condición del empleo de muchos cañones y gran cantidad de municiones, antes del asalto. La coraza parece quedar victoriosa sobre el cañón. Alemania y Austria, entre tanto, prosiguen su trabajo a la sordina y ni de Essen ni Pilzen sale el más ligero rumor sobre la fabricación de los gigantes.

Se desencadena esta terrible primera guerra europea y las potencias centrales ponen en escena sus dos gigantes bocas de fuego: Alemania el obús de 42 cms. y Austria el mortero automóvil de 30.5 centímetros, al que le sigue después el obús automóvil de 42 cms.

El efecto destructor del mortero de 30.5 cms. es más que el doble del de las piezas de tiro vertical hasta entonces empleadas. La zona de explosión de su granada es de 300 a 400 metros de diámetro y su fuerza de penetración es tal que destruye, con suma facilidad, todos los muros y cúpulas de acero que escapaban a la acción de las bocas de fuego de menor calibre, y esto con un gasto pequeño de municiones, lo que le da una doble ventaja: técnica y económica. El cañón vence a la coraza.

Bien sabido es que en la guerra de fortalezas la misión de la artillería es abrir paso a la infantería, facilitando su aproximación a las fortificaciones y preparando el asalto. Lo que exige: reducir al silencio a la artillería adversaria cuyos fuegos baten la zona delante de los fuertes; y la destrucción de las obras y obstáculos, poniendo a las tropas en estado de asaltarla.

El gran alcance y poder destructor de los morteros austro-alemanes ofrece al agresor la probabilidad matemática de batir la artillería del defensor y principiar la destrucción de las obras desde una distancia de 10 y 13 kms. de la línea de fuertes destacados. Esto proporciona al atacante la facilidad de acercar su artillería y emplazarla de modo que, con gran probabilidad, en relación a espacio y tiempo, pueda obrar por sorpresa.

Antes de la introducción de las bocas de fuego austro-alemanas, el atacante debía procurar despe-

jar el campo delante de la línea de fuertes arrojando al defensor a la plaza, para poder emplazar sus cañones a 5 ó 6 kms. de las fortificaciones exteriores; después, bajo la protección de estos cañones, procurar ganar terreno adelante y asegurar el emplazamiento de sus morteros, a unos 4 ó 5 kms.

Tal procedimiento requería largo tiempo y podían transcurrir varios días hasta dar comienzo al ataque con el fuego de los morteros. Solamente, después de haber asegurado el terreno ganado podía instalar morteros de calibre mediano, 15 cms., a una distancia más próxima a la línea de fuertes, a unos 3,000 m. Estos morteros tenían que luchar con la masa principal de la artillería del defensor que defendía los intervalos y, por consiguiente, no podía obrar por sorpresa, dado que el avance era lento.

La potencia destructora de las nuevas bocas de fuego acortan considerablemente el combate de destrucción, porque bastan tres a cuatro tiros para poner a un fuerte fuera de combate, como lo ha demostrado la experiencia, con la toma de las fortalezas belgas, francesas y con la reconquista de Przemysl. Tal capacidad destructora favorece la ejecución del ataque, porque al cabo de una corta preparación por el fuego, el objetivo está en condiciones de poder ser asaltado.

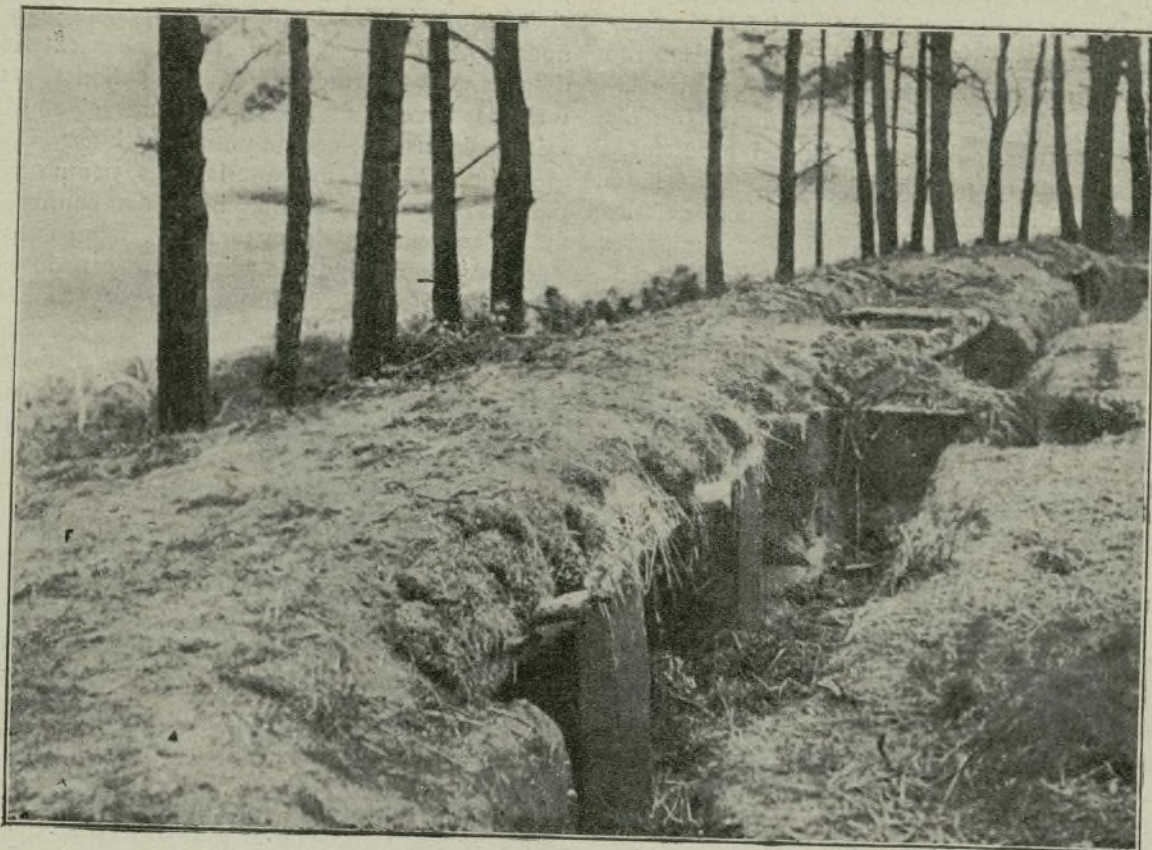
La movilidad de la pieza austriaca facilita no solamente su pronto transporte al sitio de ataque, sino también un rápido emplazamiento. Estas condiciones, unidas a su efecto destructor, capacitan al ofensor a poder atacar por sorpresa.

Si el agresor logra situarse frente a la plaza sobre un espacio de terreno, aun limitado, y reunir en él sin ser notado una masa de artillería superior en número y en calibre a la del adversario, la artillería del defensor no estará en condiciones de emplazar frente a aquella una masa igual dotada de las municiones indispensables, en menor espacio de tiempo.

Si fuera de esto se hace avanzar una masa de infantería, igualmente sin ser notada, podrá lograrse, con pérdidas relativamente pequeñas, tomar las posiciones preparadas al asalto por el fuego de la artillería.

Este efecto de sorpresa lo han logrado los alemanes, con buen resultado, en los combates alrededor de Verdun. Rota la posición francesa, el 22 de febrero, entre Consevoye y Azanes, en los días siguientes fueron asaltados y tomados los pueblos de Beaumont y Ornes, y la artillería de sitio acercada y emplazada después de una potente y metódica preparación, el 25 caía el fuerte acorazado de Douaumont y días después fué asaltado el grupo de fuertes Hardaumont, no obstante que, como lo ha probado la continuación de los combates, la plaza disponía de gran cantidad de tropas de reserva y de artillería y los defensores pretenden reconquistar sus posiciones perdidas, por medio de enérgicos contraataques.

La ejecución de las operaciones citadas demuestra que las fortalezas dotadas de pequeñas guarniciones y que no poseen una buena artillería no son capaces de resistir a un ataque preparado por las nuevas bocas de fuego y son forzadas sin dificultad. En cambio, fortalezas provistas de fuerte guarnición y equipadas con buena artillería, aun después de la destrucción de sus fuertes por el enemigo pueden continuar la resistencia, tomando como puntos de



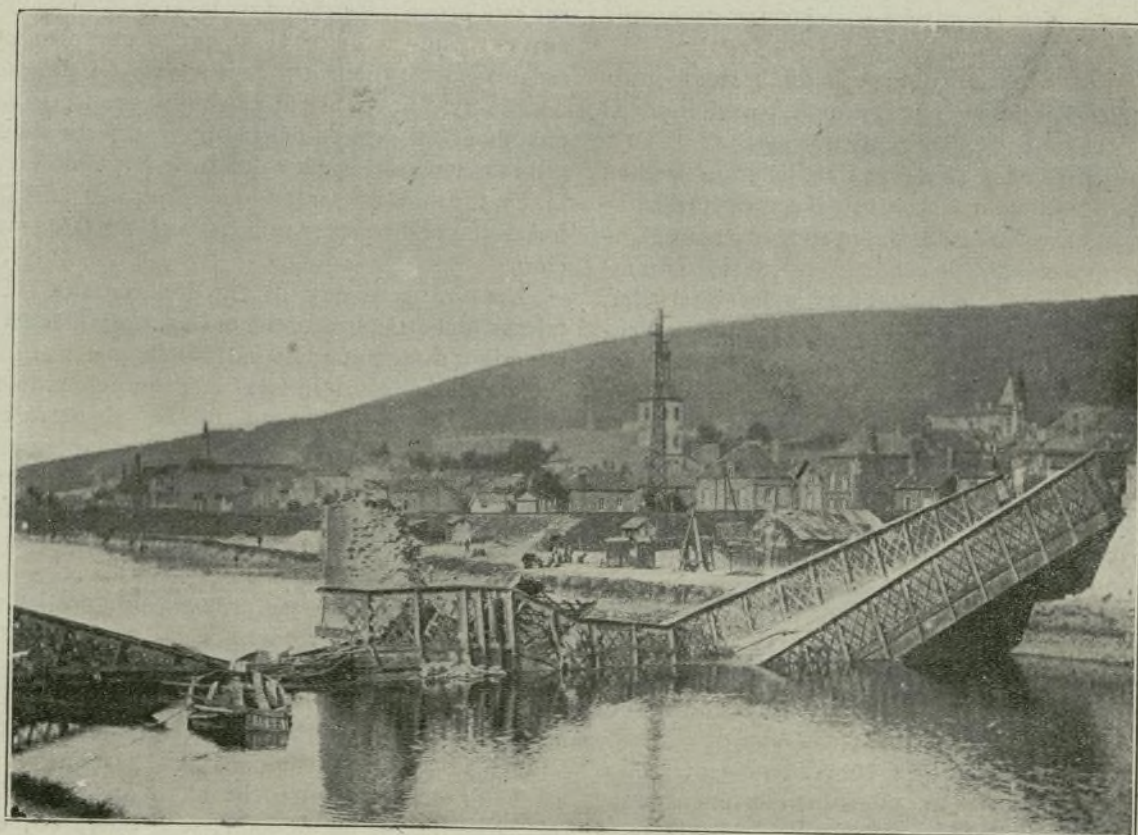
Una trinchera rusa en el frente alemán



El pórtico de San Jorge, en Liverpool



La vida en Bremen durante la guerra. Tropas de reserva volviendo de una revista



Puente sobre el Mosa, destruido por los franceses en Mouzon

apoyo los intervalos y si éstos son tomados, apoyándose en las líneas de retaguardia. La lucha alrededor de Verdun nos lo enseña palpablemente.

II.—En la defensa

Pero cada perfeccionamiento de los medios de combate no sólo favorece de un modo especial al ataque, sino también a la defensa. Así, pues, toda mejora en la máquina de guerra y su aplicación ha traído consigo otra en el procedimiento de la defensa, y de ahí que ésta, algunas veces, se haya mostrado superior al ataque. Przemyśl nos presenta un ejemplo palmario.

De esto se deduce, que la introducción de las bocas de fuego austro-alemanas ha causado una revolución en el procedimiento de la defensa.

Ya antes de la guerra, la gran potencia de las bocas de fuego de tiro curvo y vertical, había ocasionado una modificación fundamental en la organización de los puntos de apoyo de la cintura de fuertes destacados de la fortaleza. Los grandes fuertes acorazados, tan en boga hasta 1890, ofrecían a la artillería pesada del agresor un blanco magnífico. Esta desventaja condujo a una completa diversificación de los medios de combate. En lugar de estos grandes fuertes de la cintura de la fortaleza, se construyen obras más pequeñas, para el combate cercano, y se emplazan cañones pesados en baterías, en conexión con las obras o con los intervalos. Más tarde, un desarrollo más amplio en la construcción de defensas, dió por resultado la organización de puntos de apoyo esparcidos.

En tales puntos de apoyo están completamente separados las posiciones de infantería, los cañones ligeros y pesados, los abrigos y depósitos de municiones.

A consecuencia de su disposición, forman multiplicidad de objetivos y hacen su destrucción por la artillería enemiga bastante difícil.

En el curso de la actual guerra, los franceses han procurado disminuir las desventajas que presentaban los fuertes acorazados destacados, desmantelándolos y emplazando sus cañones en baterías enmascaradas en conexión con las obras o los intervalos. Se ha logrado de este modo el principio de la separación de los diversos elementos de combate. Todas estas modificaciones han sido introducidas en Verdun, que además ha sido reforzada con cañones de marina y quizás con morteros y obuses. Para la defensa de las reservas se han instalado abrigos detrás de las obras, en comunicación con éstas y las posiciones de combate, por medio de trincheras subterráneas de enlace.

La duración de los combates de posiciones ha dado, al fin, una defensa peculiar a la guarnición. Los abrigos ordinarios con débil cubierta, organizados en las posiciones de infantería, como se construían antes, no ofrecen seguridad contra el fuego de la artillería. Por eso y a consecuencia del fuego graneado, se organizan cubiertos subterráneos desde las posiciones de combate de infantería hacia retaguardia. Dichos abrigos subterráneos, con dos salidas, sirven para amparar a la guarnición durante el fuego graneado del enemigo. Cesa el fuego graneado y el agresor pasa al asalto; entonces la guarnición

ocupa inmediatamente su posición y opone resistencia.

En la apreciación de las plazas fuertes ha titubeado mucho la opinión durante la guerra. Se recuerda cómo en un principio las fortificaciones francesas del Mosa pasaban por inexpugnables, idea bajo cuya acción tuvo que sufrir seguramente el Gran Estado Mayor alemán. Las lecciones de Lieja, Amberes, etcétera, modificaron de un golpe el concepto en que se tenía a las fortificaciones permanentes. Bajo la acción de la artillería moderna de las potencias centrales, se juzgó a las fortalezas como juguetes a merced de las granadas de 42 cms. Verdun hace pensar, sosteniéndose dos meses inmovible contra las baterías germánicas, que el valor de las fortificaciones permanentes no es tan nulo. Sin embargo, hay que reconocer que su solidez de construcción no significa nada y que por tanto su valor no es mayor que el de las fortificaciones de otra índole que ofrecen abrigos seguros a las tropas, quizás con mejores comunicaciones con la retaguardia que las fortificaciones campales. Con razón escribía el 2 de Marzo en el *Temps* el general Lacroix: «Ya no hay fortalezas; sólo existe una organización de defensa unitaria en el cuadro general del frente».

Lo único que restaba era usar las obras existentes con la mayor pericia para aprovechar sus ventajas en ese «cuadro general del frente».

Contra la potencia destructora de las grandes bocas de fuego austro-alemanas había que asegurar los puntos de apoyo permanentes del cinturón de una destrucción prematura, lo cual se conseguirá aumentando la fuerza pasiva y más que todo procurando mantener a distancia de los puntos de apoyo a la artillería enemiga. Esto requiere que el defensor esté provisto de cañones de gran alcance. Pero aun con esto, la defensa no queda completamente asegurada, porque la artillería adversaria emplazándose en terreno cubierto es difícil descubrirla. De cuando en cuando se tendrá que recurrir a los dirigibles y aeroplanos, para que se encarguen de batirla. En cambio, un campo bien elegido delante de la fortaleza puede ofrecer una defensa de larga duración.

Las posiciones de campaña destacadas de las fortalezas deben, pues, detener la aproximación del enemigo, manteniéndolo a distancia por medio del fuego de sus baterías. Con la disposición de tales posiciones de campaña no sólo se asegurará a los fuertes destacados contra un cañoneo prematuro, sino también se asegurará el movimiento libre de las reservas, en un espacio fortificado, utilizando de este modo las ventajas de la fortaleza como punto de pasaje, defensa de flanco o retaguardia. Si el tiempo y los medios permiten preparar una posición defensiva entre las posiciones avanzadas de campaña y la línea de fuertes destacados, entonces se crea una nueva posición de defensa del terreno y con ello se asegura una larga resistencia de la plaza. Las posiciones destacadas de campaña, prueban una vez más su valor en la actual lucha alrededor de Verdun. No obstante que los alemanes se apoderaron, el 26 de febrero, por asalto, de dos puntos de apoyo, la lucha continúa aún en el terreno delante de la fortaleza. En la orilla izquierda del Mosa se conduce la defensa con tenacidad y encono y sólo ceden terreno

paso a paso. Sin embargo, hay que tener en cuenta que aquí no sólo lucha la guarnición, sino también las reservas del espacio Toul-Verdun y probablemente otras reservas del ejército, ya que el Gran Cuartel General Alemán menciona en sus comunicados 31 divisiones francesas; así, pues, se trata de una lucha en una parte del campo de batalla, en el cual la fortaleza desempeña el papel de un fuerte y extenso punto de apoyo.

El gran alcance y movilidad de los morteros de 30.5 pone al defensor en situación de mantener al agresor a una gran distancia de las posiciones de combate, siempre que el defensor posea esta clase de artillería; mientras que la artillería ligera tiene por misión impedir que el agresor pase al terreno delante de la fortaleza y que conduzca su ataque, incumbe a los morteros detener a distancia al adversario por medio de la destrucción de sus comunicaciones de importancia, puentes, estaciones, depósitos, vivaques, etc., y evitar también que el enemigo se afirme en posiciones cercanas, por la destrucción de sus baterías y puntos de apoyo, que hubiese llegado a emplazar y tomar. Así lo hicieron los austriacos en la línea San-Vístula, en octubre de 1914, en la conquista del punto de apoyo de Magiera desde Przemysl. También en Cracovia mantuvieron a raya al atacante.

Una misión importante para los morteros es la lucha con la artillería atacante. A consecuencia de su gran efecto puede hacer desaparecer una batería completa de un solo disparo si sabe utilizar su alcance y movilidad; la artillería defensora logrará, frecuentemente, en la lucha, una superioridad local, y con esto una prolongación de la resistencia.

Conclusión

La introducción en los medios de combate de los morteros y obuses austro-alemanes de grueso calibre acabó con la resistencia sólida de las obras permanentes de las fortalezas. El valor de éstas, como existían al principiar la guerra, fué anulado.

Ante esta preponderancia de la ofensiva sobre la defensa tenía que entrar una reacción. Y a los fuertes compactos y unitarios vinieron a substituir un sin número de fortificaciones de menores dimensiones, extendidas sobre el frente de combate. El número substituyó la solidez, el método extensivo al intensivo. Así se equilibraron de nuevo ofensiva y defensiva. Tal equilibrio se ha visto por vez primera en Verdun.

Las fortalezas como tales, entre tanto, no presentan ya casi mejores condiciones de defensa que el conjunto de las fortificaciones del frente en general. Dentro de éste constituyen puntos de apoyo de especial valor, en tanto sus comunicaciones y obras, siendo permanentes, son más acabadas.

Con todo, sea cual fuere el valor atribuido a las fortificaciones, tal valor se convertirá en cero, si al

elemento hombre le faltase el temple de alma para defenderlas.

J. C. GUERRERO.

Abril de 1916.

RESPONSABILIDAD E INICIATIVA

En una de sus crónicas el senador francés Mr. Charles Humbert expone en los siguientes términos una de las causas de debilidad de su país:

«El miedo a la responsabilidad: he aquí, escribía yo algunas semanas atrás, la llaga grande y terrible que paraliza las mejores voluntades y esteriliza las mayores capacidades. Este mal de la timidez ¡cuánto lo habían desarrollado nuestras costumbres políticas! ¡Desgraciado del que adoptaba una actitud franca y fuerte! Las sospechas caían enseguida sobre él; su audacia sólo podía tener un origen: la ambición, a menos que obedeciese a un móvil más bajo todavía, la venalidad.

»En las administraciones civiles y militares, la espantosa complicación de ruedas, el deplorable sistema que hace depender la menor decisión del acuerdo previo de varios servicios o de varios ministerios, mataban toda competencia y toda espontaneidad, en provecho de la rutina más estéril.

»Lo que hoy necesitamos, en todos los órdenes, es iniciativa. La hemos matado antes de la guerra. ¿Cómo la podríamos resucitar de la noche a la mañana?

»Es menester crear, decidir, innovar; se reflexiona, se consulta, se buscan precedentes. Cada cual confina su actividad en un dominio tan restringido como le es posible; cada cual trata de persuadirse de que no ejerce acción apreciable en la marcha general de los acontecimientos. ¡Es tan cómodo esperar del superior o de la fuerza de las cosas un impulso, del que no se ha de recabar la responsabilidad!

»¡Cuántos parlamentarios y publicistas, después de haberse entregado a críticas en *petit comité*, se apresuran a retractarse en público! ¡Cuántos, por adulación o complacencia, escriben lo contrario de lo que piensan, y aún de lo que han escrito la víspera!

»Miserias humanas, se dirá. Sí, pero la hora presente exige resoluciones sobrehumanas, y el pueblo admirable que lucha y que trabaja, da el ejemplo a sus directores.

»Él, sí que sabe qué cosa es la guerra. Lo sabe por sus sufrimientos, por sus sacrificios, cada día mayores. Démosle la impresión de que, de arriba abajo de la escala social, el mismo sentimiento de la realidad, la misma conciencia del deber, unen a todos los corazones y absorben a todas las inteligencias.

»Cualquiera que sea nuestro papel en la obra total digámonos que todos tenemos una parte y una acción directa. Lejos de atenuar nuestras responsabilidades, tengamos de ellas un concepto imperioso y magnífico».

CRÓNICA MILITAR

I. Las cocineras en el ejército inglés.—II. Carácter y alcance de las operaciones en Verdun.—III. La maniobra austriaca en el Tirol y la situación en Rusia.—IV. La situación el 31 de mayo

I.—Las cocineras en el ejército inglés

En un periódico inglés se relatan interesantes pormenores de la institución de las cocineras militares, en vez de cocineros, en aquel ejército. Ante todo, hay que observar que el ejército es una máquina que se adapta admirablemente a todas las novedades. Hace dos años, nadie hubiera concebido que la comida de la tropa fuese preparada por mujeres, y hoy se considera este hecho como la cosa más natural del mundo. No hace muchos días, era viernes, se recibió una carta en Londres manifestando que el domingo se reunirían en una cierta localidad 1,200 soldados y se pedía el envío de cocineros. Como respuesta fueron despachadas 24 cocineras prácticas, que a las doce horas tenían dispuesta la comida para aquella multitud. Las tales cocineras militares forman parte de la sección de Cocinas Militares de la Legión de Mujeres. Una de las secciones del Ministerio de la Guerra tiene actualmente a su cargo este importante servicio; provee de cocineras a los hospitales de convalecientes, depósitos, campamentos, lazaretos, etc. El empleo de las cocineras no es todavía general, porque se le limita a los puntos donde hay cuarteles permanentes o edificios, y no en aquellos donde sólo se instalan tiendas de campaña o barracas improvisadas.

Conocido de todos es el viejo tipo del cocinero militar, del *ranchero*, como se le denomina entre nosotros. Sin rudimentos de conocimientos culinarios, lo mismo se pone el mandil que la mochila y empuña el cucharón que el fusil. Con la práctica, consigue que las viandas no resulten crudas ni quemadas, pero su arte es de una simplicidad extraordinaria, reducido a la preparación de dos o tres platos, y fracasa apenas se propone alguna novedad. Cuando ha empezado a ejercer con gusto su accidental oficio—y hay quien lo desempeña años enteros sin vocación—, es licenciado, y un nuevo *ranchero* ha de comenzar el aprendizaje, a costa de los estómagos y paladares de sus camaradas. Los hombres jóvenes lo comen todo, es cierto, pero es porque no tienen más remedio, y comerían mejor si los ranchos fueran más variados y estuviesen bien cocinados.

La cuestión de las comidas de la tropa es más importante de lo que se cree. Tripas llevan piernas, dice un adagio vulgar. La alimentación y el sueño son las dos bases principales de la salud del soldado, y de que éste dé su pleno rendimiento y soporte las fatigas de la guerra. Dése una buena comida al soldado después de una larga marcha o un duro combate, y déjesele descansar algunas horas, y no dejarán mella en las personas los trabajos pasados; en cambio, una tropa que en aquellas condiciones tenga que improvisar su rancho, prácticamente se queda sin comer, o ingiere sustancias que suelen ser más venenosas que tónicas. De aquí la importancia de las cocinas de campaña, utilizadas por casi todos los

ejércitos. Hay casos, sin embargo, en que no son menester, por hallarse el ejército estacionado largo tiempo. Aquellas cocinas tienen su principal aplicación cuando las tropas están en movimiento, en marcha.

Dentro de las condiciones que podrían llamarse normales, las cocineras están dando un resultado muy satisfactorio en Inglaterra. No se persigue allí la idea de que esa institución femenina se traduzca en economía de los ranchos, pero a igualdad de coste de la ración, las comidas son más variadas, más apetitosas, mejor presentadas y, como consecuencia, alimentan más. Se obtiene, además, otra ventaja: las cocineras pueden ser en menor número que los cocineros y éstos no son apartados de las filas combatientes, lo que equivale a un refuerzo del ejército.

Entre las mujeres ha sido tan bien recibida la innovación, que siempre hay una larga lista de aspirantes. Al ser admitida en una unidad se hace un contrato provisional, de un mes de plazo, y la más leve falta en este tiempo basta para anular el compromiso. Son raros los casos en que esto se hace necesario.

En ciertos cuerpos que por la índole de sus acuartelamientos u otros motivos no es aconsejable la admisión de cocineras, suelen funcionar escuelas culinarias, de cuya enseñanza están encargadas mujeres. No es fácil la misión de éstas, porque han de obrar con mucho tacto para no indisponerse con sus alumnos y vencer la resistencia pasiva que suelen presentar cuando se pretende enseñarles algún plato delicado o difícil. La tropa, por su parte, acoge con alegría la presencia de las profesoras culinarias que no tarda en repercutir en la variedad y esmero de las comidas.

Hasta ahora, las cocineras sólo prestan su servicio en Inglaterra; en el ejército que opera en Francia y en los demás teatros, subsisten los tradicionales cocineros, por estimarse siempre algo peligrosa la situación de los servicios de retaguardia. En otro concepto, serían aún más útiles los servicios de las cocineras en los ejércitos de operaciones que en los acuartelados y entregados a la vida normal de guarnición. Detrás del frente de Flandes, ya cerca de la costa, los ingleses han establecido varios casinos y lugares de recreo, con fonda o *bar* anexos, y en ellos figura servicio femenino; hay que advertir, sin embargo, que aquellos establecimientos se han fundado y sostienen por suscripción pública y que casi todo su personal es voluntario y no retribuido.

Puédese concluir, como resumen, que la institución de las mujeres cocineras es muy probable que se generalice en el ejército inglés, después de la guerra. En otros ejércitos, donde la cantidad individual que se destina a la alimentación del soldado es menor, tropezará con más dificultades esa innovación, conveniente desde muchos puntos de vista y beneficiosa en primer término para la tropa.

II.—Carácter y alcance de las operaciones en Verdun

Los combates de Verdun están desenvolviéndose de un modo tan incongruente en la forma, que no es extraño se haya desorientado la opinión general y la de los críticos. En estas columnas he reflejado impresiones no siempre concordantes; los críticos franceses han sostenido las más diversas hipótesis y llegado a conclusiones dispares, y los mismos alemanes han acabado, vista la imposibilidad de reflejar un criterio exacto, por aconsejar que se tenga confianza en los actos del gran cuartel general y se siga con paciencia el desarrollo de aquellos acontecimientos. Realmente, las batallas de Verdun son algo nuevo y desconocido en la historia militar; no se las puede sujetar a los cánones admitidos, ni compararlas con las operaciones de un sitio, sea regular o a viva fuerza; ni con maniobras campales. Ante todo hay que ver en ellas un alcance más amplio: la aplicación del principio de la guerra de desgaste, preconizado, pero no empleado, por los aliados. Esta es, al menos, la impresión que reflejan los profesionales franceses, a los que no se podrá tildar de exagerados ni de desconocer lo que conviene a sus intereses.

Bien reflexionado cuanto se ha escrito y se escribe sobre las operaciones en el sector de Verdun, se advierte que la batalla, desde el punto de vista alemán, se compone de dos fases. En la primera, se trata de apoderarse de la fortaleza, si es posible, y de lo contrario, de fijar al núcleo principal del ejército francés, para inutilizarlo e impedir que ejerza su acción libremente, es decir, reducir a la defensiva, a la impotencia, al ejército aliado que opera en el frente occidental. Este efecto quedó conseguido a primeros de abril. La masa de las tropas francesas quedó concentrada en aquel sector, se supeditaron todos los planes a la conservación y resistencia de la fortaleza, los ingleses, al extender considerablemente su frente, se privaron de capacidad ofensiva, y Francia, tal vez equivocadamente, cifró todo su empeño en detener indefinidamente al adversario; el sentimiento nacional, sin abandonar la idea de la victoria final, hizo de Verdun el objetivo supremo, se le consideró como cuestión de amor propio, de piedra de toque en que se aquilatará la pujanza del poderío francés, y desde este momento la guerra perdió el amplio vuelo que siempre debió tener y se encerró en el estrecho marco de la defensa de una posición. Entonces comenzó la segunda fase.

Durante muchos días, los alemanes, que habían observado la imposibilidad en que se hallaba su enemigo para oponer a la artillería pesada del ataque un número proporcionado de piezas de igual calibre, desplegaron aquella superioridad y se valieron casi exclusivamente de ella para realizar pequeños avances. Posible es que en aquel período, algunas tropas de infantería se alejaron del frente de Verdun y se iniciaran los preparativos para entablar alguna acción de interés en otra parte. Pero la observación de lo que ocurría en el campo francés les disuadió, y se puso en práctica un nuevo método, que continúa y continuará mientras dé buenos resultados.

Sometidas las posiciones francesas de vanguardia a un fuego concentrado y abrumador, del que no protegen eficazmente los más fuertes reparos artifi-

ciales ni las sinuosidades y abrigos del terreno, para evitar que cayeran en poder del sitiador no había otro camino que relevar frecuentemente sus guarniciones y mantener en los puntos avanzados, pese al fuego que recibían, contingentes numerosos, de modo que en todos los momentos la defensa conservara el vigor y la energía suficientes para repeler las acometidas. A este fin, era indispensable contar con abundantes tropas frescas, o sea con reservas que pudiera renovarse en cualquier momento. Contingentes tras contingentes fueron llamados a Verdun; intentóse una resuelta contraofensiva, sin fruto; se derrocharon las municiones; todo en vano. El adversario, protegido por su incontrastable artillería, seguía avanzando lentamente. Nuevos cuerpos acudieron, y la contraofensiva ha llegado en los últimos días a revestir una violencia extraordinaria; entonces entraron en acción las reservas alemanas, y la empresa se malogró como anteriormente. En este estado se encuentran los combates. La verdadera situación es la siguiente:

Las sinuosidades del frente alemán ponen en condiciones de envolvimiento algunos puntos de la línea francesa, precisamente los más importantes, porque en ellos se extremó la resistencia del sitiado. Perdidos estos puntos—la altura 304 y el resto del Mort Homme, en la orilla izquierda, y el fuerte de Vaux, en la margen derecha,—casi todas las obras principales de defensa estarían bajo el fuego de la artillería alemana, y la caída de la fortaleza sería sólo cuestión de días o semanas. Es menester, por consiguiente, que el general Petain extreme la defensa de aquellas posiciones, llevando a ellas todas las fuerzas necesarias y relevándolas a menudo con contingentes cuya moral y aguante nervioso no hayan sido quebrantados anteriormente, lo cual obliga a disponer de un cuerpo de ejército para la defensa de un sector que no necesita más que una brigada para ser cubierto.

Al cabo de algún tiempo, poco, de permanencia en el frente, las tropas de primera línea quedan inutilizadas, y un gran número de hombres tienen que ser llevados a retaguardia para reponerse de la fatiga nerviosa y moral, más que material, padecida en las trincheras. De esta suerte, el ejército francés se va poco a poco consumiendo y se funden las reservas más deprisa que si se empeñaran en una gran batalla que exigiera tremendos esfuerzos, pero de corta duración.

Los alemanes obtienen estos efectos apelando principalmente a su artillería. La infantería sólo entra en fuego cuando los cañones le han preparado el avance, o para contraatacar si el sitiado ha obtenido un pequeño éxito local. Los grandes calibres, convergiendo su fuego contra los puntos importantes, van deshaciendo sin piedad las masas francesas; si éstas se repliegan en busca de un abrigo, dejando escasas tropas en el frente, los alemanes emprenden el ataque y la posición cae en sus manos. No hay, pues, más remedio que sacrificar hombres y hombres bajo el fuego enemigo y aceptar y doblegarse a la superioridad artillera del atacante. Bien claro lo dan a comprender entre líneas los más reputados críticos franceses, y de aquí la exasperación, la nerviosidad, la impaciencia de la opinión francesa, que advierte ya que con la táctica que se emplea perecerá

todo el ejército francés sin ventaja positiva para su patria.

Verdun ha venido a ser un horno al que afluyen y en donde se funden las energías enteras del ejército francés. Se defenderá la fortaleza mientras queden alientos al sitiado, pero el día que caiga, no será un campo atrincherado lo que habrá perdido Francia, sino toda su potencia militar. Y esto lo habrán logrado los alemanes con un mínimo de fuerzas.

Así como para destruir al ejército ruso fueron menester muchas batallas, la toma de gran número de plazas fuertes y operaciones que abrazaron centenares de kilómetros; para deshacer el ejército francés bastarán las batallas de Verdun, que es un laminador que aplasta las energías del ejército de la República, un faro potentísimo en el que se abrasan las masas francesas, atraídas hacia él por una ilusión engañadora. La amargura con que se expresan algunos periódicos franceses no deja lugar a dudas. Se salvará Verdun, en el caso más afortunado, pero tal vez sea a expensas de la pérdida de Francia. No es de extrañar la insistencia con que se pide un cambio de método, el ejercicio de una iniciativa más afortunada, una resolución más viril. Se va haciendo tarde para emprenderla. Lo que pudo hacerse sin inconveniente y sin grave perjuicio en marzo o abril, se ha hecho ahora peligroso. Tanto se ha ponderado la inexpugnabilidad de Verdun, se han jactado tanto los franceses de que los alemanes no entrarían en la plaza, que han caído en las redes que ellos mismos tendieron. El abandono de Verdun implicaría en estos momentos la confesión de la derrota absoluta, mientras que la evacuación ejecutada en marzo no hubiera implicado un descalabro decisivo.

Tal como se ha planteado el problema, Verdun es toda Francia, y toda la guerra con sus múltiples finalidades ha quedado encerrada en lo que acontezca en Verdun. De ello no es culpable el mando francés, sino en segundo término, por falta de carácter y de virilidad para tomar una resolución extrema; ni tampoco lo ha promovido la habilidad alemana. Ha sido un efecto fatal, inconsciente, ciego, creado por la opinión pública del país vecino. Los alemanes lo han comprendido y es natural que exploten esta situación, que probablemente no se les ocurrió al iniciar el ataque.

Este es el carácter que en los presentes momentos hay que atribuir a las batallas de Verdun, carácter que ha tardado muchas semanas en patentizarse. Los alemanes no tienen motivos para demostrar prisas en coronar su obra, y se limitan a aprovecharse de la trampa, repito, en que han caído sus adversarios, tendida por ellos mismos.

III.—La maniobra austriaca en el Tirol y la situación en Rusia

Dueños los austro-húngaros de los pasos que conducen a la cuenca del Astico y afianzados en su derecha en el Lagarina y en su izquierda en el Val Sugana, ha quedado terminada la primera fase de la ofensiva; la segunda ha de tener por objeto la conquista de Asiago y Arsiero, empresa que, si es coronada por el éxito, cambiará por completo el problema militar en el teatro austro-italiano.

El general Cadorna, cubriendo con tropas toda

la divisoria fronteriza, reunió su masa principal en el Isonzo, donde pronunció la acción más enérgica. Para que ésta no degenerara en un completo fracaso, era menester, no solamente derrotar al enemigo que le cerraba el paso en Gorizia y la meseta de Doberdo, sino impedir que los austro-húngaros desembocasen por el N. o por el Tirol, toda vez que en tal caso amenazarían las líneas de comunicaciones de las tropas del Isonzo y las pondrían en una situación extremadamente crítica, trocando en derrota su triunfo. Este peligro hubiese sido tanto más grave cuanto más al E. del Isonzo se hubieran internado los italianos, de modo que la ofensiva austriaca en el Tirol ha sorprendido a los italianos en una posición que, siendo siempre falsa, no es irremediable: esto tienen que agradecer a la porfiada resistencia del defensor en la línea del Isonzo.

Para saber si los austriacos van en busca de una batalla decisiva o simplemente se proponen poner término a la ofensiva italiana en el E., sería necesario conocer las fuerzas de que disponen. Si en Volinia y Galiza y Bukovina no han sido relevadas todas o las más de las divisiones austro-húngaras por contingentes de reserva o tropas alemanas, la superioridad numérica de los italianos en el teatro meridional seguirá siendo muy marcada, y en estas condiciones no es probable que el general Conrad von Hötzendorf se aventure a un golpe decisivo. Pero si se ha encontrado medio de retirar muchas tropas del teatro oriental o los rusos están más quebrantados de lo que se cree, el avance en el Tirol no es más que el primer período de una maniobra más vasta. Se ve, pues, que la campaña contra los italianos y las operaciones en Rusia están estrechamente enlazadas, y que los rusos tienen en su mano, más que el mismo Cadorna, poner término o comprometer la maniobra que ha empezado a desenvolverse en el Tirol.

Claro es que si Austria pudiera llevar sus masas al S., sin tener que preocuparse del frente ruso, el avance desde el Tirol, una vez alcanzadas las llanuras del Véneto, poniendo a los italianos en el caso de replegar toda su línea desde el Val Sugana a Montfalcone, sería seguido por un empuje en el Isonzo, que cogería de frente y por la espalda a la masa enemiga principal, a menos que ésta emprendiera una retirada tan precipitada que llevara consigo la pérdida de muchos hombres y gran parte del material: en ambas hipótesis, la derrota de los italianos sería punto menos que inevitable. Un plan tan grandioso, si bien entra en los límites de lo posible, no parece corresponder a las fuerzas de que realmente dispone Austria-Hungría.

Pero, aunque el objetivo austriaco sea más modesto, las victorias en el Tirol tendrán una gravedad extraordinaria si caen Arsiero y Asiago. Supuestos complementados los primeros avances con la conquista de ambas fortalezas, y el dominio del Lagarina hasta la frontera y el del Val Sugana hasta el llano, tendrán los austriacos en su poder las puertas traseras del Véneto, y, si no ahora, más adelante, en cualquier momento, podrán desembocar fácilmente en las llanuras y aislar a los italianos que combaten en los Alpes y caer sobre la espalda de los que pelean en el Isonzo. Por muchas que sean las fuerzas de que disponga el general Cadorna, es imposible que

no reforme sin pérdida de tiempo sus líneas del N. y E., ante una amenaza tan formidable, y, por consiguiente, el aspecto de la guerra habrá de variar en pocos días. Antes, los pasos del Tirol del S. los poseían los italianos; ahora están en poder de los austriacos, y, si son tomados Arsiero y Asiago, las tropas de Hötzenndorf estarán ya en la llanura. He aquí, cómo, atacando a la línea italiana en uno de sus flancos—que envuelve todo el resto—ha cambiado súbitamente la situación, que se sostuvo durante once meses, merced a la circunstancia de haberse apoderado los italianos de los pasos montañosos del Sur del Tirol.

Aunque los austro-húngaros no cuenten con las tropas indispensables para desarrollar la maniobra general, la intentarán en parte, con una contraofensiva en el N. o en el Isonzo, en el caso de que el general Cadorna se decida a replegar sus líneas. Los

lo que acontezca en Rusia. Tal vez la pasividad de los alemanes en el frente oriental se deba al envío de tropas a la región del Strya y Dniester, para facilitar la ofensiva de los austro-húngaros contra Italia. El misterio ha de despejarse en pocos días.

IV.—La situación el 31 de mayo

Los búlgaros, en Macedonia, han atravesado la frontera griega, en dos puntos; al N. de Salónica, han atacado en Kilindir, en la vía férrea que conduce a aquella plaza, y al E., han ocupado el fuerte de Rupel, evacuado por los griegos, previa intimación al efecto, y siguen avanzando a lo largo del río Struma, al parecer con el propósito de llegar a Kavalla o al golfo de Rendina. Grecia, a cuya actitud se atribuía la paralización de la ofensiva búlgara junto a la frontera, ha protestado, como antes pro-



italianos no tienen entre muchas soluciones que elegir para desvanecer el peligro que les amaga: o la retirada general o el envío, entre el Brenta y el Adigio, de fuerzas tan numerosas que, más que contener a los austriacos, les empujen de nuevo a las montañas. Verdad es que el factor moral pesará mucho en este contragolpe, factor que hasta este momento, está favoreciendo resueltamente a los austro-húngaros.

Para concertar la acción en el Tirol y en el Isonzo, el general Hötzenndorf necesita conocer con mucha aproximación los movimientos de tropas enemigas que tienen lugar en el Véneto. A esto obedecen los incesantes vuelos de los aeroplanos austriacos sobre aquellas llanuras; los aviones italianos, imprudentemente concentrados en el E., no han podido oponerse con eficacia a esos reconocimientos.

En resumen, se está creando en este teatro una situación muy interesante, que no cabe separarla de

testó de los desembarcos y ocupaciones de los aliados, pero se ha abstenido de todo acto hostil, habiéndose replegado sus tropas ante el avance de los búlgaros.

Ocupada por estos Monastir, con los recientes movimientos en Kilindir y en el Struma, resulta Salónica amenazada por el O., el N. y el E., pudiendo los búlgaros desarrollar un triple ataque convergente. Se desprende de lo que manifiesta la prensa francesa que en Salónica no hay más de 250,000 anglo-franceses, reforzados últimamente por unos 50,000 serbios a lo sumo. Estas cifras han de tenerse muy en cuenta para apreciar los acontecimientos futuros. Pudiera ocurrir que más probable que una ofensiva búlgara fuese lo ocurrido una simple medida de precaución para estorbar un posible desembarco de los aliados, con objeto de evitar que la evacuación de Salónica se realizase tan fácilmente y sin tropiezos como la retirada de Gallipoli. El efectivo

franco-anglo-serbio es insuficiente para un ataque contra Bulgaria, y por otra parte no es de creer que los búlgaros se decidan a una ofensiva contra las fuertemente organizadas posiciones de Salónica; y como la situación en Verdun se agrava y los franco-ingleses han concluido por comprender que los alemanes consideraban como un éxito de importancia la inmovilización de un numeroso ejército aliado en Salónica, nada tendría de extraño que en Francia e Inglaterra se comenzara a pensar en la conveniencia de repatriar las tropas expedicionarias, apartadas estérilmente durante muchos meses de los teatros principales.

No ha ocurrido nada de interés en Armenia, ni en Mesopotamia, ni en Persia. En la primera, los turcos han recibido refuerzos. Una sublevación en el Sudán egipcio, no lejos de la tristemente célebre para los ingleses, ciudad de Jartum, ha sido reprimida con rigor, aunque no se ha extinguido el alzamiento en totalidad. Esta sublevación, después de la incursión de los libios en Egipto, revela que la situación no es muy tranquilizadora en el país, y que abundan los fermentos de rebelión y de descontento contra la dominación inglesa.

En el frente occidental, las lomas de Vimy han caído en poder de los alemanes en una extensión de mil quinientos metros, sin que las hayan podido recuperar los ingleses. Es la acción más importante ocurrida en el sector británico.

En el frente oriental sigue la calma, insistiendo los rusos en que se observan indicios de una ofensiva alemana.

En el sector de Verdun y orilla izquierda del Mosa, los alemanes se han apoderado del pueblo de Cumières y de todas las posiciones francesas al Norte de la carretera de Betthincourt a Cumierres, apresando unos 1.400 hombres y cogiendo un cañón de marina y varias ametralladoras. Los alemanes dijeron hace tiempo que toda la altura (dos colinas) del Mort Homme estaba en sus manos, y los franceses sostenían que la eminencia del S., la de cota 295, culminante, no la habían perdido. Ahora, los periódicos ingleses admiten que todo el Mort Homme está en poder de los alemanes, desde fecha relativamente antigua, y dicen asimismo que la famosa cota 304 ha sido también ocupada por el atacante; hablan de ambos puntos como de hechos consumados y conocidos por todos, como de algo tan sabido que es inútil mantenerlo secreto en la prensa. Replegados los

franceses al S. de la carretera de Cumierres, la situación en la margen izquierda comienza a ser inquietante. En la orilla derecha los alemanes han fortalecido sus posiciones al S. y al S. O. del fuerte de Douaumont.

Prosigue victoriosamente la ofensiva austro-húngara en el Tirol; es inútil detallar las posiciones que van conquistando los austriacos, porque diariamente la línea de ataque va avanzando. Se apoderaron primero de algunos fuertes avanzados de Asiago y Arsiero y comenzaron el envolvimiento de ambas plazas; el último parte oficial de Viena afirma que dichas plazas, Arsiero y Asiago, han caído; si no hay error en la transmisión de la noticia, el hecho es de extraordinaria importancia, porque queda abierto el camino a Vicenza, a las llanuras del Véneto, y el peligro tan temido por los italianos puede hacerse patente en el momento menos pensado. La prensa italiana no oculta la gravedad de la situación. El general Cadorna había enviado recientemente a las fronteras del Tirol considerables refuerzos, que al parecer no han podido contener la ofensiva austro-húngara. Ésta se ha completado con un avance en el Lagarina, que ha comenzado por el ataque y toma de la fortísima e importante posición de Zugna Torta. También en el Val Sugana se extiende la presión austriaca y hay señales de que la ofensiva se ha propagado todavía más al Norte. Una tentativa de los italianos contra el frente del Isonzo, para atraer a los austriacos al E., ha fracasado como todas las anteriores. En el Tirol han caído en manos de los austro-húngaros, desde el 15 al 31 de mayo, 31.000 prisioneros, 313 cañones, 148 ametralladoras, 22 lanzaminas, 6 automóviles, 600 bicicletas y considerable cantidad de municiones.

Al cerrar esta *Crónica*, un parte oficial alemán da a conocer una batalla naval que se ha librado en la salida de los estrechos de Dinamarca al mar del Norte, entre la escuadra de alta mar y una escuadra más numerosa británica. Según el parte, la victoria ha correspondido a los alemanes, que citan las pérdidas, realmente considerables y desproporcionadas, de la flota inglesa, muy superiores a las de la escuadra alemana. En la *Crónica* siguiente habré de ocuparme en tan interesante hecho de armas, con datos y detalles de que ahora se carece.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

1.º de junio de 1916.